



tombooktu.com

Fantasmagoria

Una antología de tenebrosos cuentos de fantasmas

Antología compilada por Darío Vilas

www.fantasiayterror.tombooktu.com

Fantasmagoria

Fantasmagoria

Antología compilada por
Darío Vilas



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#fantasmagoria

Colección: Tombooktu Narrativa

www.narrativa.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: Fantasmagoria

Autora: © VVAA

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Copyright de la presente edición © 2012 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

editorial@nowtilus.com

www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-15747-30-7

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-489-6

ISBN Digital: 978-84-9967-490-2

Fecha de publicación: Abril 2013

Maquetación: www.taskforsome.com

Creer para ver

Introducción

EL COLUMPIO

José Luis Cantos

ALIUD

Elena Montagud

CARAMELITOS DE FRESA

Ignacio Cid Hermoso

CHAMBERÍ

Francisco Miguel Espinosa

DESAHUCIO

Darío Vilas

EL MÁS SOLITARIO DE LOS NÚMEROS

Jesús Cañadas

EL RECIPIENTE

Miguel Agueralde

FLORES SUICIDAS

Javier Cosnava

INCOLORO

Javier Pellicer

JUEGO DE NIÑOS

Ivan Mourin

LO QUE SWEDENBORG NO DIJO

Daniel P. Espinosa

LUDIMILA

Juan Ángel Laguna Edroso

OJOS DE MUÑECA

Javier Trescuadras

SABE NUESTROS NOMBRES

David Marugán

UNA VIEJA CANCIÓN DE BLUES

Luisa Fernández

Crear para ver

¿Qué es un fantasma?

Sin duda, las respuestas a esta pregunta pueden ser muy diversas. Probablemente, tanto como lectores estén dispuestos a responderla. Para algunos, un fantasma será esa amenaza antigua que recorre los amplios salones de una casa abandonada. Para otros, quizá ese grifo que deja el agua correr en mitad de la noche, sin que nadie lo haya abierto previamente. También los habrá que piensen en el marco de ese cuadro que, desde aquella estúpida sesión de ouija de hace varias noches, aparece torcido en la pared cada mañana. O, ¿por qué no?, esa presencia que parece rozarnos el vello de la nuca justo en estos momentos. Mientras leemos estas líneas.

En mi caso, lo que la pregunta evoca no es sino un recuerdo. Una vieja casete, a decir verdad. Un objeto de otros tiempos, sin duda más permeables e inocentes que estos que nos ha tocado vivir. La recibí como un secreto inconfesable que, por alguna razón, alguien hubiera decidido confiarme. «Es la de las psicofonías», me dijo. Y el corazón se me aceleró, por supuesto. Se me aceleró como solo podía ocurrir en otras edades y otros tiempos menos inmediatos que este. Por fin iba a escuchar las famosas grabaciones de las que se hablaba incluso en los medios de comunicación. Al fin iba a escuchar la voz de un fantasma.

Por desgracia, con el tiempo se probó que las famosas psicofonías del Palacio de Linares habían resultado ser tan solo un fraude. Sin embargo, a día de hoy, todavía conservo el recuerdo vívido de aquel momento de excitación, cuando introduje la casete en el reproductor y le di al botón de *play*. Cuando la suciedad del sonido me hizo subir el volumen, con el pulso encogido. Y cuando, por fin, la estática se desplegó igual que un telón, para dar paso a algo: una voz femenina, profunda, casi ahogada, que desde algún lugar incierto clamaba que jamás había oído a su hija Raimunda decir «mamá».

Dicen que hay que ver para creer, pero mucho me temo que los términos se invierten en esa tierra de nadie que habitan las almas en pena. No cree quien ve, sino más bien al revés: ve quien cree. Y la literatura y el cine han cultivado a lo largo de la historia un fértil campo de historias en las que creer y, por tanto, en las que ver. Desde los cuentos de espíritus relatados a sovoz a la luz de la lumbre hasta los fantasmas de Hideo Nakata, que usan las nuevas tecnologías para manifestarse. Desde aquel miserere sobrenatural que se oía en la abadía derruida de la leyenda de Bécquer hasta los fantasmas que habitaban el hotel Overlook en la novela *El resplandor*, de Stephen King. Desde los espíritus reales o imaginados de la novela *Otra vuelta de tuerca* hasta los espíritus reales o imaginados de la película *Los otros*.

Con *Fantasmagoria*, la antología coordinada por Darío Vilas y editada por la editorial Tombooktu, los lectores encontrarán una nueva «vuelta de tuerca» (valga el chiste fácil) a esta larga y fructífera tradición fantasmagórica. Gracias a la colaboración de algunas de las plumas más destacadas del terror español, los relatos que pueblan este volumen retoman con algo más que dignidad el testigo y se marcan un objetivo tan ambicioso como honesto. Un objetivo que, sin duda, cumplen con creces: conseguir que el lector crea para que, en última instancia, vea. Así pues, sin más preámbulos, acomódense en su sillón favorito y zambúllanse en estas páginas. Dejen que la suciedad del sonido los envuelva. Observen cómo el telón de la estática se despliega ante sus ojos.

Prepárense para creer.

Prepárense para ver.

Javier Quevedo Puchal

Introducción

Fantasma

1. m. Imagen de un objeto que queda impresa en la fantasía.
2. m. Visión quimérica como la que se da en los sueños o en las figuraciones de la imaginación.
3. m. Imagen de una persona muerta que, según algunos, se aparece a los vivos.
4. m. Espantajo o persona disfrazada que sale por la noche para asustar a la gente. Era u. t. c. f.
5. m. Persona envanecida y presuntuosa.
6. m. Amenaza de un riesgo inminente o temor de que sobrevenga. *El fantasma de la sequía.*
7. m. Aquello que es inexistente o falso. U. en apos. *Una venta fantasma. Un éxito fantasma.*
8. m. Población no habitada. U. en apos. *Ciudad, pueblo fantasma.*

Estas son, según el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, las posibles definiciones de «fantasma». Como autor, siempre intento

explorar más allá de las interpretaciones convencionales de cada tema que pretendo abordar, sobre todo si estamos hablando de una criatura fantástica, como es el caso del leitmotiv del tomo que tienes entre manos, estimado lector.

Otra de las definiciones que más me gustan de «fantasma» es la que aparece en muchos manuales de parapsicología: «error de percepción». A partir de esa premisa, las posibilidades a la hora de encarar historias de entes o apariciones son infinitas, se prestan a cualquier interpretación posible. Es la que más me inspira porque, como profesional de la creatividad, me ofrece de margen todo lo que mi imaginación pueda abarcar.

Hasta la fecha hemos visto, leído y escuchado infinidad de historias de fantasmas. Películas, novelas, leyendas populares o simples anécdotas familiares que versan sobre ellos. A la hora de abordar una nueva antología de cuentos sobre la temática, lo último que me interesaba era repetir patrones. Más bien me movía el espíritu de saber qué representaba la figura del fantasma para un puñado diverso y heterogéneo de autores de terror contemporáneos a los que les venía siguiendo la pista desde hacía tiempo.

La respuesta por parte de este sensacional grupo de escritores superó con creces mis expectativas. No sólo me encontré con relatos inquietantes, terroríficos o de carácter psicológico, sino que me brindaron toda una muestra de buen hacer literario, visiones tan personales que no se repite ni un solo enfoque entre los cuentos que conforman esta antología. Y eso es muy complicado de conseguir, ya que estamos hablando de una criatura sobre la que ya han corrido ríos de tinta, que está sumamente arraigada a la propia existencia del ser humano y cuyos mecanismos para generar miedo o tensión tenemos demasiado interiorizados, sobre todo gracias al (o por culpa del) cine americano.

Cuentos de suspense, de terror psicológico, viscerales, históricos, filosóficos o metaliterarios. Todo eso y más tiene cabida en este libro, que es con toda probabilidad la visión más amplia sobre el concepto de fantasma que se ha publicado hasta la fecha.

Claro que estas afirmaciones por parte del «padre» de la criatura pueden carecer de credibilidad. Si es el caso, si no te convence que el compilador de la antología te cante las virtudes de la obra, no tienes más que aventurarte entre sus páginas, ir siguiendo el recorrido del testigo que se van pasando de

mano en mano unos escritores que ya están dejando impreso su sello en la historia de la literatura de terror contemporánea, y juzgar al final si mi entusiasmo era desmedido. Como mínimo, te garantizo que hallarás entre las hojas impresas de *Fantasmagoria* cuentos de fantasmas de los que todavía no habías escuchado hablar al calor del hogar, originales y evocadores.

Antes de continuar, te invito a que mires un momento por encima de tu hombro, que compruebes que estás solo en la habitación. No será la última vez que lo hagas antes de cerrar el libro.

Darío Vilas

EL COLUMPIO

José Luis Cantos

—Tengo miedo, mamá —susurra Lucía con tono compungido bajo el dintel de la puerta.

Su carita redonda brilla con un cariz ceroso en la semioscuridad del cuarto.

—Ven cariño, acércate —le dice su madre desde la cama, y yo contengo un reniego.

Una noche más con la niña durmiendo entre nosotros —y ya van tres en esta semana—, o lo que es lo mismo: otra noche sin sexo.

Levantamos el nórdico para que Lucía, envuelta en su pequeño camisón blanco, se deslice al interior de la cama matrimonial. De soslayo, observo el bulto bajo el pantalón de mi pijama, una prometedora erección desperdiciada por las pesadillas de la cría.

—No te importa, ¿verdad, Jorge? —me pregunta Andrea con ese mohín próximo a la súplica que entristece su rostro siempre que su hija nos priva de un poco de vida íntima. Es una cuestión de pura cortesía; aunque yo le dijera que sí, que me jode no poder retozar con ella, no cambiaría nada—. No te

preocupes cariño –y fuerza una sonrisa lo suficiente persuasiva para que ella me responda con otra.

—Te quiero –articula en silencio mientras Lucía se acurruca contra su regazo– ¿Qué ha sido esta vez, cielo?

—Estaba muy oscuro –lloriquea la niña–, y había un espejo, y alguien me llamaba...

Disimulo un suspiro y giro la cabeza hacia la ventana del cuarto; la chiquilla continúa su relato, Andrea le acaricia la melena azabache. Fuera, el viento gime, las ramas del olivo rascan suavemente el cristal de la ventana, y mis párpados van cediendo a un sueño monótono exento de fantasías húmedas.

—Creo que voy a construir un columpio para la niña.

Degusto el café con deleite mientras observo por la ventana situada sobre la encimera. El otoño se ha adelantado, apenas quedan trazas de verano en el patio. La mañana grisácea asoma tras las nubes como una acuarela aguada.

—¿No vas a pintar hoy? –Andrea recorre la escueta cocina de un lado a otro, desayunando a trompicones. Se le está haciendo tarde, la arruga en el ceño delata el estrés que intenta ocultar. No es que su trabajo sea gran cosa: servicio al cliente en una empresa de telefonía, pero es lo único que tenemos hasta que mis cuadros empiecen a venderse. Serán unas navidades muy austeras, me temo.

—Por supuesto que sí, el columpio sólo me llevará un rato, lo único que necesito es madera y un poco de cuerda. Creo que tengo en el cobertizo.

Lo colgaré en el huerto, en esa rama del olivo larga y gruesa, cuyas hojas llegan hasta la ventana de nuestro dormitorio, en el piso superior.

—¿No sería mejor hacerlo para la primavera, cariño, cuando vuelva el buen tiempo? Empieza a hacer frío... –Se dobla la chaqueta sobre el brazo y comienza la frenética búsqueda de las llaves del coche.

—Un columpio es un columpio, da igual la época del año.

—Está bien –concede. No me cuesta comprender que sólo la mitad de ella ha estado pendiente de la conversación, su otro cincuenta por ciento tiene la

mente puesta en las quejas y maldiciones que va a tener que soportar durante ocho horas—, pero luego ponte a pintar.

—Descuida.

Me besa al despedirse; un beso descuidado, protocolario. Su pelo castaño y brillante, agitado por las prisas, impregna todo con su aroma personal. Me encanta ese olor.

La acompaño afuera y le abro la puerta de la verja; una gruesa lámina de metal que cierra la parcela y que, en teoría, está motorizada. Pero se jodió con las últimas lluvias de agosto y nunca encuentro el ánimo para repararla. El C3 se pierde por el camino de tierra y yo, envuelto en mi bata gruesa, quedo por un momento regocijándome del silencio que rodea la casa de campo. No estamos completamente aislados, hay más viviendas desperdigadas alrededor, pero no se trata, ni por asomo, de la aglomeración de la ciudad. Además, la autopista queda lejos, es una línea negra que más allá de los descampados y las arboledas, perfila el horizonte. El canto de las aves, una melodía licuada que acentúa la sensación de paz.

Cuando regreso al interior, Lucía descende los escalones. La veo restregarse los ojos con sus manitas, caminar a pasos cortos arrastrando sus zapatillas de conejitos azules. No puedo evitar sentirme culpable por mi actitud egoísta de anoche. Debo recordar lo duro que debe haber resultado el carrusel de cambios en que se ha visto embarcada de un tiempo a esta parte. Demasiado duro para una niña de siete años. La separación de sus padres — con mi consiguiente entrada en su vida—, la mudanza a esta casita de campo — el padre, un hijo de puta de cuidado, consiguió todo lo material, que es lo que le interesaba. Andrea consiguió a Lucía. Por lo que ambas tuvieron que venirse a vivir conmigo—, lo cual no sé si termina de gustarle. Es una niña bien educada, pero callada y tímida hasta el extremo. Aún, pese a que llevamos casi un año conviviendo, me resulta muy difícil mirarle a esos ojos grandes y verdes, y desentrañar sus pensamientos. Tanto su madre como yo creemos que en cuanto empiece el colegio y olvide el extraño verano que ha vivido, su ánimo mejorará.

O eso esperamos.

—¿Te preparo un tazón de cereales?

Asiente mientras se dirige al salón –unido directamente a la cocina sin puerta o tabique que los separe– y se encarama a la silla. Al poco, Bob Esponja hace de las suyas en la televisión. Desde la puerta del frigorífico, veo a Lucía sonreír mientras le preparo el desayuno.

—¿Qué me dirías si te dijera que voy a hacer un columpio en el huerto?

Le aproximo el tazón de cereales y me siento junto a ella. Me mira llena de desconcierto, sus grandes ojos verdes son dos aguamarinas que desmontarían a cualquiera.

—¿Para mí? –pregunta.

—Claro. Para los dos. A mí también me gusta montar en los columpios.

—¿Sí?

—Sí. ¿Te gustaría ayudarme?

Encoge los hombros y devuelve la atención a la pantalla del televisor. El atisbo pasajero de conexión entre los dos desaparece por completo.

El cobertizo descansa bajo los brazos de un pino manso, a varios metros frente a la entrada de la casa. Desde una esquina de la parcela, el inmenso árbol parece vigilar el terreno con silencioso estoicismo. Camino sobre el chinarro cubierto de las agujas desprendidas de sus ramas y entro a la caseta, que es en realidad mi estudio. Diez metros cuadrados con dos estanterías repletas de todo tipo de cachivaches –me gusta aparentar que soy aficionado al bricolaje, porque la verdad es que le dedico muy poco tiempo–, y olor a acrílico y a serrín. En el centro de la habitación, desperdigados en torno al caballete, un grupo de lienzos en blanco y pinceles bañándose en disolvente aguardan a que las musas me rapten y vuelva a ellos con ávida inspiración. Esta tarde volveré a intentarlo.

Ahora me apetece montar el columpio.

Tal y como recordaba, bajo una lona polvorienta encuentro dos tablones de madera. Me hecho al hombro el que tiene mejor aspecto.

Lo que no tengo es cuerda. Creía haber visto alguna por algún lado pero... Ah, sí... Ahí está. Una maroma gruesa y lo bastante larga; me servirá. De poder verme, mi padre me dedicaría una de sus tradicionales miradas

condescendientes, esas que me sacaban de quicio cuando el viejo aún vivía. Sí papá, tenías razón: merece la pena tener un cuartucho lleno de trastos inútiles. Nunca sabes cuándo los vas a necesitar.

Trabajo en el columpio hasta el mediodía. Cortar y amartillar calienta el interior de mis músculos, pero el día no ha mejorado, el cielo sigue nublado y el aire corre a rachas frías que me instan a rechazar la idea de despojarme del jersey. Cuando me dispongo a ir hacia la parte trasera para adecuar el columpio a la rama del olivo que crece en el centro del huerto –tiendo a llamarlo «huerto», aunque sólo se trate de ese árbol retorcido en mitad de varios metros de tierra revuelta–, descubro la faz blanca de Lucía mirándome tras la ventana. Me observa sin pestañear, como si estudiara el vacío a través de mí. Me enjugo la frente de sudor y la saludo animadamente.

Ella no me devuelve el gesto.

Después de comer, Lucía cae rendida en el sofá. Yo salgo de puntillas hacia el cobertizo. Lo cierto es que en la planta superior tengo otro estudio, y Andrea me anima a usar ese, más limpio, más amplio... Más profesional, según ella. No le gusta nada el cobertizo. Yo, sin embargo, lo encuentro auténtico, decadente, un cuchitril; el lugar perfecto para mi arte. Creo que a mis musas les va arrastrarse por la mugre.

Coloco el lienzo en blanco sobre el caballete, tratando de no pensar mucho en el enorme fracaso que ha supuesto el columpio. Visualizar en mi mente la tabla de madera, balanceándose solitaria en el huerto me hace sentir estúpido y un poco anticuado. ¿Qué niño de hoy en día juega en los columpios? Ciertamente es que Lucía no es una de esas mini-esnob que con siete años ya pasean colgados de su ipod o cuchicheando por su smartphone, pero creo que lo de los columpios y el jugar al aire libre le suena a Prehistoria.

Comienzo a lanzar pinceladas con las que trato de barrer mis pensamientos. Al cabo de dos horas, apenas un par de líneas zozobran en la inmensidad blanca de mi inspiración nula.

Andrea lee tranquilamente en su lado de la cama. Recostado en el mío, le pregunto cómo le ha ido el día. El contraluz de la lámpara embellece sus

finos rasgos de piel morena: la nariz respingona, los ojos sesgados y la diminuta redondez de su barbilla.

—Una locura... —Sonríe cansada por encima de sus gafas de lectura que, lejos de envejecerla, ensalzan esa sensualidad ingenua y sencilla que me vuelve loco. Me abalanzaría sobre ella y la poseería con devoción sino fuera porque yo también estoy molido. Aunque lo mío no es físico; tengo el ánimo destrozado.

Le deseo buenas noches con un beso tierno en los labios, y ruedo sobre mi costado para que ella pueda regresar a su novela. Los dedos de la rama del olivo tamborilean contra la ventana.

«El columpio abandonado», repite el eco de mi mente, que va quedando enredada en el miasma del sueño...

«El columpio... El...»

Un ruido amortiguado y creciente casi logra sacarme de los lodos oníricos.

Tap, tap, tap, tap, tap... Lucía corriendo hacia nuestro cuarto.

—Mami, otra vez el sueño malo —murmura quebradiza, pero yo ya estoy durmiendo.

Andrea se ha ido al trabajo. Lucía está en la casa, recostada en el sofá, repartiendo su atención entre la tele y uno de esos libros para colorear. Yo llevo una hora en el cobertizo. Pinto o, por lo menos, eso intento. Acribillo el lienzo con puntadas coloristas que están muertas. No me dicen nada.

«Muertas, muertas... ¡Muertas!».

La razón ulterior por la que me gusta el cobertizo es porque (creo que) la niña no me oye maldecir ni partir los cuadros vacíos por la mitad. Soy un artista de épocas, y eso me revienta. No soy capaz de «sentarme y abrir mi puesto» todos los días, como decía Calvino. No soy tan jodidamente metódico. Lo peor es que me gustaría serlo. Envidio a colegas del gremio capaces de encarar el vacío con total parsimonia, sin pizca de ansiedad, y enzarzarse en una batalla abstracta de destino incierto. «Tú rellena —me

dicen—, rellena el cuadro con colores vistosos, con formas atractivas, ya vendrá un vendedor a darle sentido a tu obra mientras te suelta la pasta. Tú pinta y que ellos conciban».

—Ojalá fuera tan sencillo —me autocompadezco en voz alta.

Estiro el brazo y rasgo la piel tersa del lienzo con un cúter.

—Ojalá tuviera tan poca vergüenza para vender como arte algo que tengo la completa convicción de que no lo es.

La hoja, delgada y precisa, fisura la tela con un murmullo suave. Por un momento quedo absorto en ese extraño ritual de estilosa destrucción.

—Hasta un niño lo haría mejor que yo.

El grito me atraviesa la espalda como un alfiler frío. El cúter resbala entre mis dedos; la desorientación de un trance interrumpido se hace conmigo.

—¡Lucía! —impreco al ser conciente de lo que me rodea—, ¡Lucía!

Salgo del cobertizo a la carrera y entro como una exhalación en la casa. El pulso es un estallido redoblando en mi garganta, las extremidades, dos miembros ajenos que controlo por pura casualidad.

Lucía está sentada en el sofá, completamente envarada. Los ojos, abiertos de par en par, me miran con absoluta indiferencia. Arrebujada en la bata de su madre parece diminuta.

—¿Qué oc... ocurre, cielo? —Apoyo las manos sobre mis rodillas. El frío de la mañana se me ha colado en los pulmones.

—No me gusta estar sola —me dice, pero no hay nada luctuoso en su tono. No hay súplica ni puchero. Se parece más a una exigencia, lo cual contrasta enormemente con lo atiplado de su voz—. No me gusta.

Me acerco a ella recuperando el resuello y me dejó caer sobre el sofá. Subo a Lucía sobre mis rodillas y acaricio levemente su lisa cabellera negra. Le cubre hasta poco más de los lóbulos de las orejas, y despide reflejos añiles.

—Perdona, Lucía. Tienes razón. A partir de hoy trabajaré en casa, en el piso de arriba...

—No quiero estar sola —repite. Su rostro redondo se frunce a la altura de la naricilla en un gesto gracioso que me hace sonreír.

—Está bien, me bajaré las cosas aquí y estaré contigo mien...

—Quiero una hermanita —ataja.

Se me escapa una risa, cosa que a ella no parece gustarle en absoluto. Intento calmarla rodeándola con mis brazos, pero sus miembros se vuelven rígidos de pronto. El rostro comienza a temblar y la boca se le tuerce y contorsiona. Pronto, su cuerpo entero se agita convulso. Los enormes ojos verdes se pierden en el blanco.

—¡Quiero una hermanitaaa...! —aúlla.

Noto cómo Lucía se orina sobre mis piernas. La mancha caliente impregna mis vaqueros al tiempo que ese chillido punzante se expande como la herida que va abriendo un bisturí. Se expande y lo nubla todo.

—Siento que tuvieras que aguantar eso... Debiste llamarme —Andrea cierra la puerta del dormitorio de Lucía al salir, la niña duerme dentro.

Yo espero en el pasillo para darle un fuerte abrazo.

—No quería asustarte.

Sonríe tristemente, me pasa el brazo tras la cintura y bajamos juntos las escaleras.

—¿Y tú? ¿Te asustaste?

—No. —Sonrío y sueno convincente. Nunca había visto a la niña así, y lo cierto es que no sentí miedo, sino algo más profundo—. Al principio creí que era un ataque epiléptico o algo parecido, pero en cuanto le dije que haríamos todo lo posible por traerle una hermanita se calmó enseguida, como si nada hubiera ocurrido.

—Lo siento, de verdad... —Caminamos hasta la cocina.

Apoyado en la pared, la observo abrir el frigorífico y coger la ensalada que le he dejado preparada. Hoy ha vuelto a llegar un poco más tarde de lo normal. Sus ojos rasgados y oscuros están subrayados por dos líneas violáceas.

— Hacía tiempo que no se comportaba así... Desde...

Se detiene junto a la mesa, de espaldas a mí. La veo estremecerse y abrazarse a sí misma como si una frigidez repentina la recorriera de arriba abajo, como...

—Desde que vivíamos con su padre.

...como si el recuerdo de su antigua pareja la helara por dentro. Es curiosa la forma con que se refiere al desgraciado que le amargaba la existencia. Siempre lo llama «su padre», o simplemente: «él»; hasta pronunciar su nombre le hace daño.

Doy un paso hacia ella, la abrazo, le beso el cuello, aspiro el aroma que emana de su nuca. Efectivamente, su piel es un témpano. La acaricio. Sutilmente primero, apenas rozando la chaquetilla de hilo. Paulatinamente, la fricción se vuelve más firme y aguerrida.

Nuestras respiraciones flotan enredadas, dando pequeños pasitos de *ballet*, que son cortas bocanadas de aliento cada vez más febril. El pulso se ve seccionando en instantes más cortos y frenéticos. Cuando me quiero dar cuenta le estoy desabrochando el sostén y liberando sus senos, a los que me aferro con hambre, como si amasándolos pudiera convertirlos en dos diamantes esféricos. El cinturón deja de ceñirse a mis caderas, y de repente me hallo embistiéndola desde atrás. Acometidas suaves alternadas con otras más furiosas, como el mar en celo. Es mágico parpadear y en el silencio de la noche descubrir que ahora suspiramos al unísono.

—Me voy... —gime, e intenta arañar la superficie de la mesa sobre la cual la he ido inclinando hasta que ya todo su plexo descansa rendido ante mí.

El bol con la ensalada baila en el borde.

—Me voy...

El salón, la cocina, todo se nubla en rededor, como si a la realidad se le escapara un bostezo, oportunidad que las sombras aprovechan para hincharse.

—Me voy...

Yo también estoy llegando. Inclino la cabeza hacia atrás y a punto de caer por la sima del éxtasis, atisbo algo por el rabillo del ojo, a mi espalda. En la oscuridad del rellano de las escaleras que suben al piso superior, me parece

ver una figura agazapada, unos ojillos brillando. El rostro blanco de Lucía sonriendo entre los balaústres, pero no puedo parar. Ya no. Y estallo dentro de Andrea, y un rayo de luz me parte y me ciega, y un escalofrío me sacude como a un pelele de alambre, y siento los latidos desbocados en mis sienes y en mi garganta.

Andrea, aún doblada sobre la mesa, me mira y me sonrío, me aprieta con fuerza la mano. Cuando vuelvo a mirar a las escaleras ya no hay nada.

«Nunca hubo nada», cavila mi mente difusa.

Las cosas parecen ir mejor. Tal como habíamos pensado, el inicio del curso escolar le ha hecho bien a Lucía. En ocasiones, la niña incluso me sorprende con ramalazos esporádicos de astucia y buen humor. A ratos parece mucho más despierta que la cría taciturna que hace un tiempo apenas podía dirigirme la palabra. Es raro, puedo estar hablando con ella, con sus sollozos, sus ojazos inclinados, casi melancólicos y, de repente, conversar con una niña completamente distinta, vivaz y entusiasmada al recordar una anécdota graciosa en el colegio, ver algo divertido por la televisión o simplemente porque sí. Puede estar en completo silencio y gritar de alegría al terminar de colorear uno de sus blocs de dibujo. «Mira, Jorge, mira», exclama y se mordisquea los labios con sus dientecillos, a la espera de que le dé mi evaluación. Parece que hemos encontrado un punto de unión.

Por mi parte, intento pintar más a menudo en la casa, y no en el cobertizo. Muchas veces a su lado, y eso parece entusiasmarla.

No obstante, sigue teniendo esos lapsus de retraimiento que nublan su rostro, arquean sus cejas y abaten sus mejillas redondas. Como hoy en el coche, de vuelta a casa tras recogerla de clase. Atada por el cinturón de seguridad al asiento, la veía sonreír y canturrear. Envuelta en el pack completo de la pequeña estudiante –mochila y fiambarrera a juego–, tenía un aspecto muy gracioso. Me contaba animadamente sus dimes y diretes, hasta que giré el volante para tomar la salida de la autopista dirección a casa. Cuando la volví a observar por el retrovisor, algo había cambiado. Esa nube... Ese telón intangible pero evidente se había vuelto a depositar sobre su pequeño semblante. Se miraba la punta brillante de los zapatitos, como

repentinamente avergonzada por algo desterrado de su memoria que volvía para atormentarla.

—Lo siento —dijo entonces, sin alzar la mirada.

—¿Qué sientes, cielo?

—Lo del otro día... No quise hacerlo. Te manché. Lo siento.

He supuesto que se refería al incidente de semanas atrás, aquel grito y aquel berrinche. La verdad es que no había vuelto a hablar con ella de eso. Supuse que la incomodaría. A mí me incomodaba.

—No te preocupes —le he dicho, edulcorando mis palabras con una efusividad controlada. Tengo más que comprobado que si me paso un poco con la dosis, la niña se da cuenta de que estoy siendo demasiado complaciente. Sí, es una niña lista—. No pasa nada. Ni siquiera me acordaba.

El zumbido del motor nos ha encerrado en un silencio. Por unos instantes, me he olvidado de la carretera y sólo la he mirado a ella, esperanzado de que mi intento diera sus frutos. Ha sido en vano.

—Esa no era yo —se ha limitado a decir.

Supongo que no puedo esperar que la criatura cambie de la noche a la mañana. Tendré que poner de mi parte para que, poco a poco, tengamos a la Lucía que todos queremos.

—¿Qué es eso? —pregunto, emergiendo de un sueño imposible de recordar— ¿Lo oyes?

El cuarto me responde con manos de oscuridad que se debilitan por momentos, Andrea, con sus leves ronquidos desde el otro lado de la cama. El despertador marca en dígitos rojos las cuatro de la madrugada.

Mis pupilas van haciéndose a la realidad y de las tinieblas van surgiendo contornos plateados por la luz de luna que entra por la ventana.

«La ventana...», y otra vez ese ruido, incalificable, insoportable... patente. Un crujido tenue, continuo... cíclico.

«El columpio... Alguien está usando el columpio».